

Juan Goytisolo

Telón de boca



Premio Cervantes 2014



Galaxia Gutenberg

JUAN GOYTISOLO

Telón de boca

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2015

© Juan Goytisolo, 2003, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 26114- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-68-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El cardo magullado que vi en medio del campo
me trajo a la memoria esta muerte.

LEV TOLSTÓI, *Hadji Murat*

I

Durante meses había perdido el sueño. Las pastillas a las que se habituó hacía ya tiempo no surtían ningún efecto ni siquiera al triplicar la dosis del tranquilizante. Su amigo farmacéutico le había prevenido contra el peligro de la adicción y sus consecuencias dañinas para la memoria. Él pensaba al revés: la desmemoria le ayudaría a salvar el bache. Había intentado combinar los somníferos con el ejercicio físico: salía a pasear, caminaba de noche por los rescoldos de vida de la Plaza y regresaba a casa rendido. Pero tampoco esa terapia funcionó. Se dejaba caer en la cama y se revolvía en ella hasta la cruel luz del día.

Entonces le acaeció otra desgracia. A medida que avanzaba el duermevela, su cerebro era parasitado por letras y musiquillas. No, como hubiera cabido esperar, por las composiciones favoritas que solía escuchar con ella después de la cena —sonatas de Schubert, *Don Giovanni* y la *Oda masónica* de Mozart, óperas de Verdi, el *Réquiem alemán* de Brahms—, sino por aires marciales o zafios que retransmitía la radio el año que terminó la guerra y volvió con el padre y sus hermanos a su ciudad natal. Se dejaba inundar por la mugre de aquella lejana época, como si alguien hubiese abierto súbitamente las compuertas de una presa y

las aguas pútridas rebalsadas por una siniestra conjunción de opresión y miseria le cubrieran de nuevo: el himno de la Falange, el de los requetés, la adaptación marianista de la Marcha Real, el *Raskayú*, la voz cutre y chillona de Rina Celi. Como esa marea que arrastra junto a las algas y demás especies de la flora marina toda clase de desechos y contaminantes que se acumulan luego en la restinga, así le encenegaban la mente, en olas reiteradas y mansas, letrillas y canciones tan vacuas como absurdas: cuñas radiofónicas del Torrefacto Columba y La Miranda, La Miranda, la gran urbanización; la lista de alumnos de su clase de ingreso al bachillerato; la alineación del principal club de fútbol de la ciudad aprendida de boca de su hermano mayor. Por mucho que se esforzara no lograba desprenderse de ellas.

Aquella regresión a una infancia que creía definitivamente enterrada le consternó. Las musiquillas aparecían de improviso en su mente y ya no le soltaban. Un día era el *Cara al sol*, otro el *Oriamendi* y otro el himno de la Legión. No había modo de deshacerse de su tenaz mosconeó. Trataba de ahuyentarlos como si fueran insectos, pero volvían a la carga, dale que dale, con obstinación.

¿Eran los primeros síntomas de una demencia senil? A veces pensaba que sí y el fatalismo se adueñaba de él. ¿Qué misteriosa relación existía no obstante entre su pérdida y aquellos años de vertical saludo e imperial lenguaje, de victorias relámpago del Führer y exaltación religiosa en el colegio de los Padres? El incomprendible retroceso a la niñez, a sus símbolos y puntos de referencia, ¿obedecían a una estrategia ocultativa de su desdicha, a una secreta astucia de supervi-

vencia? ¿Cómo explicar si no la invasión programada de tonadas odiosas y cantinelas ruines?

Una conversación con la mejor amiga de ella, en uno de sus raros viajes al mundo clausurado por su partida, le ayudó a aclarar el nexo existente entre las dos situaciones de desamparo: la interrupción brusca de su vida afectiva había hecho aflorar a su conciencia la realidad de la muerte materna escamoteada medio siglo atrás. Para alcanzar el punto doloroso de la herida reciente, concluyó, debía volver a la antigua.

La casa olía a muerte: a la suya y a la de los demás. Un día, el suelo del patio había amanecido cubierto de mariposas y libélulas, víctimas de una misteriosa epidemia. Otro, fue el cadáver de un pájaro de la gran banda que se posaba al anochecer en las ramas de los naranjos. Antes había muerto una de las tortugas: el ajeteo de hormigas en el rincón en donde solía refugiarse le llamó la atención y el descubrimiento de su definitiva quietud le sorprendió por lo extraño. Creía que los quelonios vivían más de cien años y que el dúo le sobreviviría. Ahora sólo quedaba el viudo, quizás inconsolable: rehuía el lugar en el que falleció su pareja y comía con desgana su diaria ración de ensalada y mondas de fruta. Pensó en la conveniencia de aparearlo, pero decidió retrasar la fecha para que despidiera el duelo.

El descubrimiento del sexo de la fallecida fue tardío y casual. Llevaba varios años con ella en la ignorancia del mismo hasta el día en que, al volante de su retaco de coche, divisó a otra en medio de la carrete-

ra, en las inmediaciones de la ciudad. Frenó, se apeó y se la apropió de forma impulsiva. Una vez en casa, la nueva se aproximó a la doméstica y, sin preámbulo de seducción alguna, arremetió contra ella hasta arrinconarla. La ceremonia de la cópula le impresionó: la forastera embestía una y otra vez al caparazón de la hembra, intentaba encabalarla y, al no lograrlo, retrocedía y acometía de nuevo. Su conducta machista te hubiera indignado, comentó luego por teléfono a su mujer. Aquello parecía la versión *sui generis* de las videocasetes porno filmadas en Amsterdam. Deberías haberle negado la hospitalidad, rió ella, ¡como se enteren mis amigas, te sacarán la piel a tiras! No les cuentes nada, dijo él, la voy a educar y espero que actúe en adelante con mayor cortesía. Pero no hubo ocasión de progreso: el apareamiento no se repitió. La tortuga hembra puso un huevo y lo enterró en el alcorque de uno de los naranjos. Inopinadamente, el huevo se pudrió. Aquello pareció desalentar al padre y, desde entonces, las tortugas convivían en paz sin emparejarse. Cuando ella vino de Europa y pasaron unos días juntos, advirtió la mejora y le felicitó por sus dotes pedagógicas. La dicha pareció reinar algún tiempo. A la voracidad del verano seguía el aletargamiento del invierno. Transcurrieron unos años y el día que la tortuga murió, él ya no pudo contárselo.

Entonces, como a rachas, se habían sucedido muertes y desapariciones: la de una paloma hallada en la azotea, la de su gato preferido en la calleja, la de la cigüeña que llegó y partió. La casa enfermó también: roturas de cañerías y grietas en las paredes y techos se multiplicaron. La conjura de los signos le desanimó.

¿Había una correspondencia secreta entre su deterioro y el del ámbito en el que moraba?

Sólo tenía una certeza: las sombras se adensaban y, en proporción inversa, la materia se desvanecía.

Comparaba su vida, lo que le restaba de vida, a una rueda de bicicleta cuyo impulso exterior pierde ímpetu y fuerza: sus estaciones y vueltas –las suyas, no las de la rueda– eran cada vez más pausadas y lentas. Le costaba un esfuerzo levantarse de la poltrona en la que de ordinario leía la prensa, subir las escaleras hasta la azotea, dar su paseo diario por la Plaza y escuchar la plática de sus amigos. Su capacidad de audición había disminuido, particularmente en los registros agudos. Oía, sin comprenderlas, las voces de los chiquillos. Aquella pérdida le apenaba, pues sentía una oscura necesidad de comunicar con ellos. Se lo había advertido el médico: primero dejará de comprender las cintas en lenguas extranjeras, los diálogos y frases mal articulados; luego la opacidad se extenderá a las conversaciones sostenidas en locales ruidosos y de mucho ajetreo. Viene usted además de una familia de sordos. Le aconsejo que adquiera unos audífonos: si logra habituarse a ellos y sigue el movimiento de los labios de quienes le hablan entenderá con mayor facilidad sus palabras. Pero no estaba seguro de querer entender: el zumbido familiar de los asiduos al café le bastaba. Se lo había señalado ella hacía ya mucho tiempo: esta sordera te conviene, vives cada vez más encerrado en ti mismo. Se diría que los demás, yo incluida, interrumpimos algo. Sí, que te interrumpimos.

¿El prójimo le interrumpía? A veces lo pensaba: que le cortaba el hilo ya tenue y vagabundo de las ideas. Lo que no sabía ahora era si éstas valían la pena. Había comenzado a retirarse del mundo, de ello no cabía duda: lo captaba en las miradas, en el respeto y atenciones de quienes le rodeaban. Al principio se sentía herido: él no era todavía viejo y necesitaba probarlo ante todos y ante sí mismo. Procuraba caminar erguido y rápido, sin temor al tráfico endiabrado de las cercanías de la Plaza ni al paso brusco de los vehículos y las calesas. Luego había abandonado aquel inútil combate de retaguardia. Era como las plantas del patio que, pasado el momento de verdor y floración, descaecían y amarilleaban. Pero el jardinero venía todos los años a podarlas y, de súbito, lozaneaban y reverdecían. ¿Por qué las plantas y no los seres humanos? La comparación era infantil y absurda y, a pesar de ello, le acuciaba. Establecía y comparaba las fases de crecimiento de las trepadoras del patio y de los arbustos de las macetas. Cada organismo vivo cumplía su ciclo más o menos largo y se extinguía. Sólo que las especies vegetales y animales no sabían que se extinguían, y la suya —la inhumana— sí. Le atormentaba la idea de dejar el mundo, no por el hecho natural de dejarlo sino por irse sin haber desentrañado un posible sentido: la supuesta experiencia le había extrañado de la vida y sus ritmos; el afán de conocimiento había concluido en desaprendizaje de todos sus saberes y certidumbres. Nada quedaba de él sino la sombra proyectada por la ventanilla de un tren en marcha a un punto de destino desconocido.

Había un antes y un después. El del niño privado súbitamente del calor materno y el del viejo que encajó la noticia y se sobrevivía a sí mismo en las ruinas del edificio construido por ella, sin admitir del todo que también él estaba muerto.

El mendigo anciano cantaba, apoyado en su bastón. Avanzaba centímetro a centímetro entre la multitud ociosa o atareada y a nadie se le ocurría cronometrar su lentitud. Él le observaba, sentado en el taburete de su amigo el librero. La charla con éste, un sorbo de agua o de té, un minúsculo incidente callejero o el atasco provocado por el Mercedes de un burgués con jeta de cerdo le distraían de su contemplación y al volver a fijarse en el anciano verificaba que se había movido apenas un metro. ¿Cuánto tiempo necesitaría para cubrir el trayecto hasta la Plaza? ¿Vivía cerca de ella o debía atravesarla en medio de la marejada de voces, ruidos, pregones, sin que una mano amiga guiara con suavidad su antebrazo? Así avanzaba él, casi sin moverse, hacia un destino cierto, pero elusivo. Ignoraba si alcanzaría la gloria terminal de la Plaza. Si el Uno o Mefisto lo sabían se guardaban muy bien de revelarlo. Cuando al cabo de unos minutos el anciano desapareció de su campo visual, se percató de que no le había socorrido. Pensó en hacerlo y permaneció sentado. El Uno o Mefisto se reírían de él: de la perfecta inutilidad del gesto. Se hallaba rodeado de creyentes y dejó la querella –¿científica, filosófica?– para otra tarde.